

la santidad de sus doctrinas, sino por la fuerza de sus milagros. Su doctrina era mágica, su fé era fanatismo. Creia imposible que el mundo se apasionase de una doctrina puramente moral como la doctrina cristiana, y estimaba que los grandes principios de justicia de la nueva Iglesia debían ser parte á retardar su triunfo. Engañábase miserablemente la escuela gnóstica. El Cristianismo podia estar seguro de la regeneracion del mundo, porque comenzaba regenerando al hombre. En la raíz de la vida, en la voluntad humana iba á inculcar su poderosísima sávia. Al hombre esclavo iba á revelar la libertad. Sobre todos los ritos antiguos iba á poner la conciencia; sobre todas las prácticas, la fé. Su palabra sencilla y clara se dirigia al corazon á persuadir la voluntad para abrazar el bien. Habia mostrado que todos los principios metafísicos no valen lo que vale la virtud; que la inteligencia no vive, sino cuando se alimenta del bien. Ahí estaba su secreto, ahí su porvenir, ahí su gloria. El Cristianismo ofrecia al mismo tiempo el bien, y la salud, y la vida á los hombres. Al prometer el bien supremo planteaba otro problema no ménos pavoroso y sombrío, el problema del origen del mal. A esta cuestion pavorosa y trascendental, á esta cuestion, que habia sido el fantasma de los pueblos orientales, á esta cuestion que el panteísmo no podia resolver, que el dualismo persa habia planteado, á esta cuestion, que fué el tormento de Job, cuando se veia inocente y castigado; á esta cuestion, que solo el Cristianismo debia conocer, se unió en gran parte todo el movimiento de las escuelas gnósticas, necesitadas de dar alguna fuerza á su doctrina que se perdia en las nubes. Creo haber estudiado el gnosticismo en sus caracteres principales. Estudiemos ahora sus principales determinaciones.

La doctrina gnóstica nace al mismo tiempo que nace el Cristianismo. Los apóstoles ya hacen alusiones á ese extravío de los entendimientos, á esa perversion de los corazones. San Pablo, que es el mas grande, y el mas previsor, y el mas práctico de los discípulos de Jesus, confiesa que es necesario preservarse de ese mal, ajustar las acciones á la ley del Evangelio, que guardan pura la fé apartándola de esas brillantes doctrinas que poblaban de ángeles, de dioses, de géneos, de demonios el Universo, despreciar esas largas genealogías que llevan la turbacion á la conciencia, y la guerra al mismo cielo. Y en efecto, en Siria se hablaba de un mago particular, que se llevaba tras de sí el corazon de las gentes. Su palabra estaba iluminada por extraños reflejos, su inteligencia cubierta de profundísimos misterios.

La historia de este hombre era un misterio, cuya clave solo él poseia. El mundo necesitado de amar y de creer, seguia las huellas de todos los que amaban y creian, ó fingian creer y amar. Simon el Mago, que tal era el nombre de este hombre extraordinario, predicaba que la revelacion mosaica era una revelacion imperfectísima de un géneo imperfecto; que Jesucristo es una segunda revelacion de Dios; que él mismo es la imágen del Padre descendida para mostrar toda su esencia; que del cielo cae constantemente una inmensa catarata de géneos y espíritus y ángeles para vivificar la creacion; que la primera de las emanaciones divinas es su pensamiento, su verbo, en que está grabada la idealidad del mundo sensible; que el pensamiento fué vencido por los géneos inferiores y encerrado, cual vil esclavo, en un cuerpo; que todas las cosas debian al pensamiento su vida, é ingratas se olvidaron de su origen; que el Redentor venia á libertar el pensamiento de su servidumbre, á sacarlo del fondo de la impura materia, á subirlo al cielo para que estendiera sobre la creacion todo su dominio. Esta doctrina de que ya hemos hablado en otro lugar, predicada en el fondo de los ardorosos desiertos, seguida de portentosos milagrosos de la mágia, idealizada por la presencia de una hermosa esclava llamada Elena, que seguia siempre á Simon, admirablemente concertada en el espíritu y con el géneo mágico del Oriente, por su carácter particular, tendia á hacer imposible, é ineficaz la difusion en el mundo de la admirable doctrina de Jesucristo. A la doctrina de Simon el Mago unen muchos santos Padres la doctrina de Saturnino. Este tiene una tendencia al dualismo, pero tendencia no bien señalada y distinta. Dios está en en el cielo y es incomunicable, eterno é infinito; y los ángeles son sus creaciones, sus hechuras; y el mundo es hechura de los ángeles, que depositan todo su poder en la materia bruta; y el eterno habitante del mundo es el hombre, y el hombre nació débil, enfermizo, arrastrándose en la tierra como se arrastra el misero reptil en el polvo, porque los ángeles, entre los cuales se contaba el Johová de los judíos, no pudieron hacerlo mejor; y el Verbo le envió su aliento, su soplo de vida, para que irguiera la encorvada frente y se coronara rey de la naturaleza; y los ángeles se apoderaron de fuerzas que no eran suyas, y quisieron separarse de Dios, y formarse muchos dioses; y vino el Cristo á combatir estas fuerzas congregadas contra su señor; y el espíritu abrió una nueva vida y se hundió mas profundamente la materia, porque el espíritu es el aér y la materia es el mal, y debemos separarnos de ella si hemos de ser libres y felices.

En esta doctrina, como fácilmente se echa de ver, con solo pararse un momento á contemplarla, el verbo, si bien no está bastante claro, es muy parecido al Verbo de los cristianos, y el mal está explicado, no en un sentido dualista, sino como un engendro necesario de la materia. Toda la esposición de estas doctrinas muestran cuán fundadas han sido mis observaciones, y cómo la escuela gnóstica confundía en su caótica mente todas sus ideas.

La idea del mal era el torcedor de estos extraviados cristianos. Esa idea estaba siempre fija en su memoria, siempre delante de sus ojos. Poco á poco la escuela gnóstica iba á dar en el dualismo. El espíritu oriental se habia apoderado de su espíritu, y el espíritu oriental es dualista por naturaleza. El Oriente, que no comprende la limitación, no comprende el mal; el Oriente, que no conoce la libertad, no puede explicarse cómo el mal llega hasta el hombre. El Oriente, que no concibe una ley intermedia del hombre á Dios, no puede concebir cómo Dios que todo lo llena ha podido crear en consonancia con su eterna justicia el mal, que es la mancha de la vida. El gnosticismo tenderá á explicar este eterno torcedor del Oriente. Y á tal fin se encaminará muy principalmente la doctrina de Basílides. Este gnóstico empieza como todos pronunciando la primer palabra de su ciencia, el nombre incomunicable de Dios. El Dios-Padre es el sér absoluto, el sér bueno y justo por esencia. Pero ese Dios no puede estar encerrado en el silencio de su naturaleza y de su absoluto poder, necesita manifestarse en grandes y maravillosas manifestaciones. Dios, como es la vida, engendra vida, produce séres. La primer manifestación, su primer engendro, el mas cercano á su naturaleza y á su esencia fué la razon, y por eso la razon es el instrumento de toda verdad. La razon, recibiendo un impulso tan soberano de Dios, no podia permanecer en la inmovilidad y en la inacción. El hijo primogénito de la razon divina fué el Verbo. El Verbo debia tener ese amor inmenso que irradia fuera de nosotros la vida, y por consiguiente el Verbo debia irradiar de sí la inteligencia. La inteligencia desarrollándose da de sí la sabiduría, y la sabiduría el valor para dominar las pasiones, y el dominio de las pasiones la justicia, y la justicia la paz. Como se ve, el gnosticismo no abandona el carácter moral propio de la idea cristiana; pero temiendo que esa moralidad sea poco eficaz, la paganiza, si es permitida la espresion, la encarna en séres que despierten amor en el corazón del hombre, porque el hombre no ama nunca las abstracciones. Estas virtudes, razon, verbo, intelligen-

cia, fortaleza, justicia y paz, forman la ciencia divina. Despues las creaciones posteriores de Dios no tienen el poder, no tienen la vida que estas primitivas creaciones hechas dentro de su naturaleza y de su esencia. Las creaciones posteriores de Dios son como effluvios, como degeneraciones de su poder, que van perdiendo de brillo como pierde de brillo el horizonte, á medida que el sol va replegando sus rayos y hundiéndose en el ocaso. Los ángeles, los arcángeles vienen á ser como creaciones imperfectas de Dios. Y ya las últimas irradiaciones del poder de Dios son como sombras, son como el mal. Aquí Basílides se detiene á fin de evitar un profundo abismo. ¿Cómo el mal ha de provenir de Dios que es la ciencia absoluta, de Dios que es la bondad suprema, de Dios que es el poder infinito? Entonces Basílides busca instintivamente el origen del mal, y ve el Satan maldecido, el Satan encadenado, el Satan orgulloso, levantándose como un poder frente á frente de Dios, y originando todos los males que agobian á nuestra naturaleza. Pero despues de haber asentado esta idea se encuentra fatalmente con un gran escollo inevitable. Si el mal es un poder, si el mal se levanta frente á frente de Dios, si el mal tiene un reino á donde la diestra del Eterno jamas puede alcanzar, levántase un Dios frente á frente de otro Dios, y si el uno es el Dios del bien y el otro el Dios del mal, los dos son fuertes, los dos son poderosos. Basílides contesta á este escollo inevitable de su doctrina, diciendo que el mal no es, no puede ser absoluto. El mal es necesario, porque es para el perverso un castigo, para el justo una purificación. Si el mal no existiera, ni el perverso podria ser castigado, ni el virtuoso probado. El mal no es sino una degeneración del bien; porque el mal absoluto no existe, no puede existir; las últimas degeneraciones, ó mejor dicho, la última degeneración de Dios es la materia. Basílides considera la materia como un conjunto de fuerzas alteradas y viciosas, que pugnan por borrar la obra de Dios, el bien de Dios en la creación universal. En cuanto al mal en el hombre, la explicación es mas sencilla. Solo el hombre que participa de alguna ciencia divina es justo. Los justos son tales por naturaleza como los perversos. El dualismo, que Basílides evitaba en la esfera del mundo, lo comete en la esfera del alma. Jesucristo solo ha venido á salvar á los buenos. Estas son las bases principales de su doctrina.

Basílides aún se sostenia en una esfera que si bien errónea, no era estremada, ni traía consigo los graves males que por todas partes deramaban sus discípulos. Estos, llevando á su extremo las doctrinas

de su maestro, adulterándolas, cayeron en muy graves errores metafísicos y morales; negaban que la pasión de Cristo fuera realidad y la tenían por mera apariencia; creían que la redención había tenido por único objeto elevarnos del fondo de este mar de la vida inferior á otra vida superior, pero material y guerrera; proclamaban que comprender la doctrina de las encarnaciones era tanto como hacerse incomprensibles á los ángeles y á los sabios y potestades del mundo; andaban inciertos en llamar á su criterio fe ó ciencia; despreciaban las buenas obras y las virtudes, y decían que basta conocer la gnósis para llegar al bien; asistían á los sacrificios paganos, manchándose con la sangre de las víctimas; se daban á todo linaje de desenfrenados goces, porque creían que el cuerpo era el mal destinado á perecer; estimábanse como los hijos predilectos de la naturaleza, y los elegidos de Dios, y aseguraban que aunque cometiesen toda clase de crímenes, su elección era irrevocable; sostenían que su doctrina era superior al mundo espiritual, superior á toda doctrina, incomprensible para los entendimientos que no estuvieran iniciados en su secta, y caían en un dualismo grosero y absurdo, como si trataran de interponerse entre Dios y el hombre, entre la conciencia humana y la nueva religión, para que no se renovara nuestra vida al calor de la verdad, que venía á ser como la virtud de nuestra alma, como la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. Así el gnosticismo iba levantando problemas para que la teología cristiana los resolviese. Así arrojaba en el camino triunfal del Cristianismo las antiguas creencias, los errores de todas las escuelas, las religiones de todos los pueblos, los pensamientos de todas las sectas, para que el Cristianismo no perdiera la herencia de la civilización, que le había precedido en el tiempo, y que había arrojado entre sus errores, muchas verdades necesarias para que no se interrumpiera ni un solo día la trama de nuestra vida en la historia.

El gnosticismo tiende mas tarde á un idealismo absoluto, y vive en continuo delirio. El orientalismo no solo influye, absorbe completamente el espíritu de esta escuela. Y al Oriente, al génio misterioso de la naturaleza se une Platon, el intérprete del alma; Pitágoras, el gran sacerdote del simbolismo oriental que se abre sobre la Grecia para comunicarle la vida de las edades pasadas, y Zenon el apologeta de la virtud, y de la severidad de la vida. Para el nuevo movimiento que personifica Valentino, el mundo, por sus grandes imperfecciones, no puede ser obra de Dios, sino degeneración de Dios; por-

que la materia es el mal. Dios no puede ser comprendido por el hombre, porque la mísera criatura no puede levantarse hasta contemplar el ser absoluto y eterno; pues solo el reflejo lejano de su poder y de su gloria sería bastante para cegarla, ó consumirla. Dios se llama silencio y se llama abismo, porque en su inmensa soledad es insondable. Y la naturaleza divina es doble, porque no se puede concebir nada que no sea doble. Y de Dios se derivan varias naturalezas dobles, que son como los eslabones de la inmensa cadena de los seres. Dios engendra el macho y la hembra, la unidad y la variedad, la esencia íntima y la fecundidad, la razón y la verdad, el Verbo y la vida, el hombre y la Iglesia. De aquí se derivan otras creaciones gemelas hijas de las generaciones superiores, que pueblan los infinitos espacios. El mundo, este mundo tan vario, lleno de tantos seres de doble naturaleza, de tantas semillas contrarias, de tantos elementos distintos y opuestos, este mundo, que ya se corona de flores, ya se agita al embate de las tempestades, no es un mundo hijo del amor, sino un mundo ideado por un Dios poseído de un vértigo y de un delirio. Pero esta degeneración, esta pérdida del mundo, que cae en tan profundos abismos, y se despeña continuamente, necesita del Verbo, del Redentor. El hijo desgraciado de la tierra es el hombre, en que se han unido el espíritu y la naturaleza. El hombre no es uno en esencia, no; su naturaleza, según los gnósticos, es desigual, porque según los elementos que entran en su composición, así pertenece á una de las castas. De tres elementos se compone el hombre: de cuerpo, alma y espíritu. El hombre en quien predomina el cuerpo, es como un esclavo, pues la luz del espíritu no llega á su naturaleza. El esclavo del error, el que se sume en las espesas tinieblas del mundo material es el pagano. Pero hay otra luz superior de la vida, que purifica mas la naturaleza humana, y la dispone á recibir la verdad. Esta luz superior es el alma. El alma forma la segunda raza, á la cual pertenecen los judíos. Pero aún hay otra luz mas clara, mas intensa, derivada de un origen superior, de un origen mas cercano al eterno centro de la vida; y esta luz impalpable, superior, que todo lo inunda, es el espíritu. La gran obra de Jesucristo, la obra superior y divina de su predicación, la unidad espiritual del género humano, esta obra se hallaba amenazada por el gnosticismo, la serpiente oriental, que aún no vencida, se arrastraba cautelosamente al pié de los altares cristianos para apagar su fuego, sí, su fuego, que debía ser el calor de un nuevo mundo, la vida de una nueva civilización, el espíritu inmortal de infinitas generaciones.

Esta doctrina, de un espíritu fantástico, de una escuela embriagada en sus delirios, cuya imaginación estaba poblada de sombras, de espectros, de fantasmas, de ídolos, de dioses, de géneos; esta doctrina que mezclaba el espíritu artístico de Grecia, con el vapor que desprendían los altares orientales; que recogía todos los ecos de los templos antiguos, todas las armonías de las liras que producían todos los poetas; esta doctrina que retiraba á Dios del mundo, colocándole en el último confin de la vida, que la velaba con un negro sudario, que la comparaba al silencio que reina sobre la noche, y á los abismos que guardan los mares; que veía en todas partes contradicciones sin armonía, elementos enemigos y opuestos; que tomaba por base de la creación los átomos esparcidos en todas las esferas por el soplo creador; que demolía el mundo material y lo manchaba con maldiciones continuas; que se anegaba en un misticismo naturalista, sofocando al hombre con las emanaciones de la naturaleza; que enterraba la libertad, esa eterna esencia de la vida; que volvía sobre las huellas de la humanidad en su largo camino por el tiempo; que desde el seno de un materialismo grosero se levantaba al éter de un idealismo vago, indeciso, y desde el cielo del idealismo volvía á caer en el materialismo, á hundirse en el lodo del mundo; que quitaba á la nueva religión su carácter moral, aquel carácter que es como la esencia de su vida; que distraía á la conciencia de la contemplación de Dios, y á la voluntad de la práctica del bien; que con el jugo de todas las plantas orientales había hecho un veneno para emponzoñar al espíritu; que negaba hasta la igualdad del género humano, esa eterna base de la moral, y volvía á buscar en el polvo de los siglos pasados la casta para ofrecer ese ideal á la humanidad; esta doctrina, que así se levantaba en el camino del Hombre Dios y unas veces con halagos, y otras con amenazas, otras con mágicos hechizos y conjuros, pretendía detenerle en su camino, debía ser desvanecida como un poco de niebla de un nuevo día, por el espíritu inmortal del Cristianismo.—He dicho.

EPILOGO.

LECCION SEPTIMA.

SEÑORES:

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo en el presente año. La alteza de los problemas que debíamos tratar, han exigido gran detenimiento. Cuando el hombre está en presencia de ideas que han sido leyes fundamentales de la vida humana, no puede pasar sobre esas grandes ideas de ligero, sino detenerse en su presencia y recoger toda su enseñanza. Y cuando de esas ideas ha provenido una civilización entera, grandes imperios, grandes formas políticas y sociales, una moral, un arte, una filosofía, toda una vida como he dicho antes, precisa á detenerse en su fuente para ver si después se ha viciado, ó se ha apartado de su origen durante su majestuoso curso por el espacio. Y si esta idea es el cristianismo, la creencia común de tantos siglos, el alma de la civilización, el dogma en que se unen todas las conciencias, el númer que ha inspirado sus cuadros y sus estatuas á nuestros artistas, sus cánticos á nuestros poetas, su ideal á toda la vida de nues-